

Herbert George Wells

# La guerra de los mundos



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *The War of the Worlds*  
Traducción: Ramiro de Maeztu

Primera edición: 2005  
Segunda edición: 2021

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño cubierta: Manuel Estrada  
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © The Literary Executors of the Estate of H. G. Wells  
© de la traducción: Herederos de Ramiro de Maeztu  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2021  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-139-5  
Depósito legal: M. 28.117-2020  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

## Libro primero: La llegada de los marcianos

- 13 1. La víspera de la guerra
- 22 2. El meteoro
- 27 3. En la llanada de Horsell
- 31 4. El cilindro se destornilla
- 36 5. El Rayo Ardiente
- 42 6. El Rayo Ardiente en el camino de Chobham
- 46 7. De cómo llegué a casa
- 52 8. La noche del viernes
- 56 9. Comienza la lucha
- 65 10. En el ataque
- 74 11. En la ventana
- 82 12. Lo que vi de la destrucción de Weybridge  
y de Shepperton
- 97 13. De cómo encontré al vicario
- 105 14. En Londres
- 120 15. Lo que sucedió en Surrey
- 131 16. El pánico
- 148 17. El *Lanzatruenos*

## Libro segundo: La Tierra en poder de los marcianos

- 163 1. Bajo tierra
- 172 2. Lo que vimos desde las ruinas
- 185 3. Los días de encierro
- 193 4. La muerte del vicario
- 200 5. El silencio
- 204 6. La obra de quince días
- 209 7. El hombre de Putney Hill
- 231 8. Londres muerto
- 243 9. El desastre
  
- 251 Epílogo

*Pero ¿quién vive en esos Mundos si están habitados?...*  
*¿Somos nosotros o ellos los señores del Universo?...*  
*¿Y por qué han de estar hechas todas las cosas para el hombre?*

Kepler (Cita de Burton en  
*La anatomía de la melancolía*)



Libro primero

La llegada de los marcianos



## 1. La víspera de la guerra

Nadie habría creído en los últimos años del siglo XIX que las cosas humanas fueran escudriñadas aguda y atentamente por inteligencias superiores a la del hombre, y mortales, sin embargo, como la de éste; que mientras los hombres se afanaban en sus asuntos fuesen examinados y estudiados casi tan de cerca como pueden serlo en el microscopio las transitorias criaturas que pululan y se multiplican en una gota de agua. Con infinita suficiencia iban y venían los hombres por el mundo, ocupándose en sus asuntillos, serenos en la seguridad de su imperio sobre la materia. ¡Es posible que bajo el microscopio obren de igual manera los infusorios! Nadie imaginó que de los más antiguos mundos del espacio pudiera sobrevenir un peligro para la existencia humana; ni se pensaba en esos mundos más que para desechar como imposible o improbable la idea de que hubiese en ellos vida. Es curioso recordar ahora algunos hábitos mentales de aquellos lejanos

tiempos. A lo sumo, los habitantes de la Tierra se figuraban que en el planeta Marte podía haber otros hombres, inferiores probablemente a ellos, y dispuestos a recibir con los brazos abiertos cualquier expedición misionera. Sin embargo, a través de los abismos del espacio, espíritus que son a los nuestros lo que nuestros espíritus son a los de las bestias de alma percedera; inteligencias vastas, frías e implacables contemplaban esta Tierra con ojos envidiosos y trazaban con lentitud y seguridad sus planes de conquista. Y en los comienzos del siglo veinte sobrevino la gran desilusión.

El planeta Marte, apenas necesito recordárselo al lector, gira alrededor del Sol a una distancia media de 225 millones de kilómetros y la luz y el calor que recibe es justamente la mitad de los recibidos por nuestro mundo. Si la teoría de las nebulosas encierra alguna verdad, debe de ser el planeta Marte más viejo que el nuestro, y largo tiempo antes de que la Tierra se solidificara debió de comenzar la carrera de la vida sobre su superficie. El hecho de que su volumen escasamente llegue a la séptima parte del nuestro ha debido acelerar su enfriamiento hasta la temperatura en que sólo es ya posible la subsistencia de la vida. Tiene aire y agua y cuanto es necesario para el sostén de la existencia animada.

Pero el hombre es tan vano, tanto le ciega su vanidad, que ningún escritor antes del fin del siglo XIX expresó el pensamiento de que allá lejos la vida intelectual, caso de existir, se hubiese desarrollado muy por encima del humano nivel. Ni siquiera se comprendía que por ser Marte más viejo que la Tierra, por no contar sino apenas una cuarta parte de nuestra área superficial y por estar

más alejado del Sol, tenía necesariamente que hallarse no sólo más distante del comienzo de la vida, sino más cerca del final.

El secular enfriamiento, que alcanzará algún día a nuestro planeta, ha avanzado ya mucho en el vecino. Sus condiciones físicas son aún en buena parte un misterio, pero sabemos ya que ni en sus regiones ecuatoriales la temperatura de las doce del día llega a la de nuestros inviernos más rigurosos. Su atmósfera es más tenue que la nuestra, sus océanos se han recogido al punto de no cubrir sino la tercera parte de la superficie y, al cambiar sus lentas estaciones, enormes montañas de hielo y de nieve se levantan y se funden en sus polos, inundando periódicamente las zonas templadas. Ese grado último de agotamiento, que es aún para nosotros increíblemente lejano, se ha convertido para los habitantes de Marte en el problema capital. La presión inmediata de la necesidad ha iluminado sus entendimientos, desenvuelto sus facultades y endurecido su corazón. Y al mirar a través del espacio, con aparatos e inteligencias que apenas nos es dable concebir, han visto a la más próxima distancia, a sólo 55 millones de kilómetros en dirección al Sol, una estrella matutina de esperanza, nuestro propio y más cálido planeta, de verde vegetación y de aguas grises, de atmósfera nublada, testimonio elocuente de fertilidad, y por entre los penachos movedizos de las nubes han vislumbrado comarcas dilatadas, de poblaciones densas, y mares surcados en todas direcciones por navíos.

Nosotros, los hombres, criaturas que habitamos esta Tierra, debemos serles por lo menos tan extraños y tan poca cosa como nos lo son los monos y los lemúridos. Ya

la parte intelectual de la humanidad admite que la vida es incesante lucha por la existencia, y parece ser que ésta es la fe de los marcianos. Su mundo está ya muy frío, mientras el nuestro ofrece plétora de vida, pero plétora de lo que consideran como vida inferior. Y el único medio que tienen de escapar al aniquilamiento que, generación tras generación, merma sus filas consiste en llevar la guerra en dirección al Sol.

Antes de juzgarlos con excesiva severidad debemos recordar que nuestra propia especie ha destruido completa y bárbaramente, no tan sólo especies animales, como la del bisonte y el dodo, sino razas humanas inferiores. Los tasmanios, a despecho de su figura humana, fueron enteramente borrados de la existencia en exterminadora guerra de cincuenta años que emprendieron los inmigrantes europeos. ¿Somos tan grandes apóstoles de misericordia que tengamos derecho a quejarnos porque los marcianos combatieran con ese mismo espíritu?

Parece que los marcianos calcularon su descenso con pasmosa exactitud –sus conocimientos matemáticos son evidentemente superiores a los nuestros– y llevaron a término sus preparativos con perfecta unidad de miras. Si nuestros aparatos lo hubiesen permitido, habríamos observado alarmantes asambleas mucho antes de acabarse el siglo XIX. Hombres como Schiaparelli examinaban el planeta rojo –y es curioso, dicho sea de paso, que durante innumerables siglos haya sido Marte el planeta de la guerra–, pero no supieron interpretar las fluctuantes apariencias de los signos que anotaban tan exactamente en sus mapas astronómicos. Durante este tiempo los marcianos se aprestaban.

En la oposición de 1894 se vio una gran luz en la parte iluminada del disco, primero en el Observatorio de Lick, después en Niza, por Perrotin; luego por otros observadores. El público inglés supo de estos fenómenos por el número de *Nature* fechado el día 2 de agosto. Me inclino a creer que este fenómeno se debió a la fundición del enorme cañón, colosal agujero cavado en su planeta, que sirvió para dispararnos sus proyectiles. Otros signos peculiares, que tampoco se supo explicar, fueron vistos en las dos siguientes oposiciones, cerca del paraje de aquella explosión.

Hace ahora seis años que el cataclismo se abatió sobre nosotros. Al aproximarse Marte a la oposición, el astrónomo Lavelle de Java hizo palpar todos los hilos de las comunicaciones astronómicas con la noticia asombrosa de una inmensa explosión de gas incandescente acaecida en el planeta observado. Ocurrió el hecho hacia media noche, y el espectroscopio, al que recurrió inmediatamente, indicó que una masa de gases inflamados, hidrógeno sobre todo, se movía con enorme velocidad en dirección a la Tierra. El chorro de fuego se hizo invisible un cuarto de hora después. Lo comparó a un soplo colosal de llamas lanzado de aquel planeta, violenta y rápidamente, «como salen los gases inflamados de la boca de un cañón».

Era la frase singularmente apropiada. Nada, sin embargo, dijeron del asunto los periódicos del día siguiente, excepto el *Daily Telegraph*, que publicó una breve noticia, y el mundo siguió ignorando uno de los peligros más graves que jamás amenazaron a la raza humana. Acaso no habría yo sabido nada de la erupción de no encontrarme en Ottershaw a Ogilvy, el conocido astrónomo.

La noticia lo había excitado terriblemente, y en el colmo de su emoción me invitó a examinar con él aquella noche el planeta rojo.

No obstante lo que sucedió después, conservo el recuerdo preciso de aquella velada: el negro y silencioso observatorio, la sombría linterna que iluminaba débilmente un rincón, el regular tictac del mecanismo del telescopio, la ligera hendidura del dolmen —oblonga profundidad en que brillaba el polvo de las estrellas—. Ogilvy se movía a derecha e izquierda, invisible, haciéndose notar únicamente por el ruido. Mirando por el telescopio se veía un círculo de azul profundo, y el pequeño y redondo planeta flotaba en el campo visual. ¡Parecía tan poca cosa, tan brillante, tan callado, tan diminuto, marcado apenas por rayas transversales, ligeramente achatada su perfecta redondez!... ¡Tan pequeña, tan argéntea, tan luminosa aquella cabeza de alfiler! Se hubiera dicho que temblaba un poco, pero en realidad era el mismo telescopio el que vibraba con el movimiento de reloj que mantenía el planeta en el campo visual del aparato, no obstante el girar de nuestro planeta.

Al observarla, la diminuta estrella parecía engrosar y achicarse, alejarse y aproximarse, pero era sencillamente que los ojos se me cansaban. Estaba a sesenta millones de kilómetros en el espacio vacío. Pocas gentes conciben cuán inmenso es el vacío donde flota el polvo del universo material.

Cerca del astro, en el campo visual, había tres pequeños puntos luminosos, tres estrellas telescópicas, infinitamente lejanas, y todo alrededor era la oscuridad impenetrable del vacío. Ya saben ustedes qué efecto causa esa

negrura en las noches estrelladas del invierno; pues aún parece más profunda en el telescopio... E invisible para mí, porque era tan pequeña y tan remota, avanzando rápida y fijamente hacia la Tierra con velocidades inauditas, acercándose cada minuto millares de kilómetros, venía la Cosa que nos enviaban, la Cosa que nos traía a esta Tierra tanta lucha, calamidad y muertes. No pensaba en ella al tiempo de observar; nadie en el mundo pensaba en aquel proyectil indefectible.

Hubo también aquella noche otro estallido de gas en la superficie del distante planeta. Yo lo vi. Fue un rojizo relámpago en el borde, una ligerísima proyección en el contorno; se lo dije a Ogilvy y se colocó en mi puesto. La noche era calurosa, tenía yo sed y me adelanté tambaleándome y a tientas hacia una mesa donde había un sifón, mientras Ogilvy lanzaba exclamaciones al contemplar el surco de gases que avanzaba hacia nosotros.

Veinticuatro horas después del primero, segundo más o menos, otro proyectil invisible, lanzado desde el planeta Marte, se ponía en camino hacia la Tierra. Recuerdo que al sentarme junto a la mesa manchas verdes y carmesíes me bailaban en los ojos. Habría deseado alguna luz, para pensar con más tranquilidad, no sospechando la significación de aquella claridad que había visto en un minuto, ni las consecuencias que me acarrearía. Ogilvy observó hasta la una, y lo dejó; cogimos la linterna y regresamos a su casa. Por debajo de nosotros se extendían en la oscuridad las barriadas de Ottershaw y Chertsey, donde centenares de gentes dormían en paz.

Habló largamente aquella noche sobre las condiciones del planeta Marte y se burló de la vulgaridad corrien-

te según la cual los habitantes de aquel planeta nos estarían haciendo señales. Era su opinión que una lluvia copiosa de meteoritos caía sobre Marte, o bien que se producía una terrible explosión volcánica. Ogilvy me indicaba cuán inverosímil es que la evolución orgánica haya seguido la misma dirección en los dos planetas adyacentes.

—Las probabilidades contra la existencia en Marte de nada parecido al hombre son un millón por cada una en favor —me dijo.

Cientos de observadores vieron la llama aquella noche, y la siguiente, a las doce, y la otra, y así diez noches; una llama en cada una. Por qué cesaron los disparos después del décimo es cosa que nadie en esta Tierra ha tratado de explicarse. Tal vez los gases desprendidos perjudicaron a los marcianos. Densas nubes de humo o de polvo, que vistas desde la Tierra con poderosos telescopios parecían pequeñas manchas grises y movedizas, se esparcieron por la limpidez atmosférica del planeta, oscureciendo sus rasgos familiares.

Por último, hasta los periódicos diarios despertaron con estas perturbaciones, y aparecieron aquí y allá y en todas partes crónicas vulgarizadoras referentes a los volcanes de Marte. El cómico-serio periódico *Punch* aprovechó felizmente el asunto en una caricatura política. Y entre tanto, totalmente ignorados, los proyectiles de los marcianos se aproximaban a la Tierra, con velocidad de muchos kilómetros por segundo, a través de los abismos vacíos del espacio, ¡hora por hora y día por día, más cerca y más cerca! Hoy me parece casi increíblemente milagroso que los hombres se absorbieran en sus menudos inte-

reses mientras el destino se cernía tan rápidamente sobre todos. Recuerdo el aire triunfal de Markham cuando obtuvo una nueva fotografía del planeta Marte para el periódico ilustrado que dirigía en aquella época. La mayoría de las gentes de estos tiempos conciben difícilmente la abundancia y el espíritu emprendedor de nuestros periódicos en el siglo XIX. Por lo que a mí se refiere, se me pasaba el tiempo en aprender a andar en bicicleta y en escribir una serie de artículos sobre el desarrollo probable de las ideas morales en relación con los progresos materiales.

Una noche (el primer proyectil distaba de nosotros menos de 16 millones de kilómetros) salí de paseo con mi esposa. La noche era estrellada; le expliqué los signos del Zodíaco y le mostré Marte, brillante punto que ascendía al cenit y hacia el cual se dirigían tantos telescopios.

La noche era cálida; un grupo de excursionistas, al volver de Chertsey o de Isleworth, pasaban cantando y tocando la música. Se iluminaban las ventanas altas de las casas al acostarse las gentes. De la estación lejana nos llegaban los ruidos de los trenes al cambiar de línea, traqueteo, campanillazos y silbidos, que al suavizarse en la distancia casi, casi concertaban con la música de los excursionistas.

Mi esposa me hizo notar el fulgor de las señales rojas, verdes y amarillas que se destacaban sobre el cielo con su armazón de hierro. Todo parecía seguro y tranquilo.

## 2. El meteoro

Y llegó la noche en que cayó el primer meteoro. Fue visto de madrugada; pasó sobre Winchester, en dirección a Oriente, una línea de fuego muy elevada. La contemplaron centenares de personas, que la creyeron una estrella errante, idéntica a las otras. En la descripción de Albin se habla de un rastro grisáceo que dejaba el meteoro, y que resplandecía algunos segundos. Denning, nuestra autoridad más reputada en meteoritos, atestigua que la altura de su primera aparición fue de ciento cuarenta a ciento sesenta kilómetros. Le pareció que había caído a unos ciento cincuenta kilómetros al Este.

Yo estaba en casa a esa hora, escribiendo en mi despacho, y aunque dan mis ventanas a Ottershaw y tenía abiertas las celosías (gustábame entonces contemplar el cielo nocturno), nada vi del fenómeno, y, sin embargo, la cosa más extraña que jamás llegó a la Tierra del espacio debió de caer mientras estaba yo sentado, y la habría

visto con levantar los ojos al tiempo que pasó. Algunos dicen que su vuelo producía un silbido especial. Muchas gentes de los condados de Berkshire, Surrey y Middlesex debieron de presenciar la caída y casi todos pensarían que se trataba de otro meteorito. Nadie se molestó aquella noche en examinar el bloque.

Pero a la madrugada del día siguiente el pobre Ogilvy, que había visto la disparada estrella, persuadido de que el meteorito se hallaba en las tierras comunales situadas entre Horsell, Ottershaw y Woking, se levantó temprano con la idea de encontrarlo. Y lo encontró, en efecto, poco después del amanecer, no muy lejos de las canteras de arena. La fuerza del proyectil había hecho un agujero enorme, y la arena y el cascajo, lanzados violentamente en todas direcciones, formaban sobre los brezos y los matorrales montículos visibles a dos kilómetros. En dirección Este ardían algunos brezos; una humareda azul se elevaba a los cielos.

La Cosa yacía, casi por completo enterrada en la arena, entre los fragmentos esparcidos de un abeto despedazado en la caída. La parte descubierta ofrecía el aspecto de un cilindro colosal, de corteza recocida y de contornos suavizados por una espesa incrustación escamosa y de color oscuro. Era su diámetro de 25 a 30 metros. Ogilvy se acercó a la masa, sorprendido de su tamaño, y aún más de su forma, porque la mayoría de los meteoritos son redondos.

Pero el roce del aire había aumentado su temperatura de tal modo, que era imposible aproximarse mucho. Atribuyó al desigual enfriamiento de la superficie el insistente ruido que se producía en el interior del cilindro; aún no se le había ocurrido que pudiera estar hueco.

Permaneció de pie al borde del agujero, extrañándose del raro aspecto del cilindro, desconcertado sobre todo por la forma y el color, que no eran los de otros meteoritos, y percibiendo vagamente, aun entonces, ciertos indicios de que pudiera ser intencionada esta caída. No recordaba haber oído cantar los pájaros aquella madrugada; no había brisa: los únicos ruidos que oía eran los débiles chasquidos de la masa cilíndrica. Estaba solo en la llanura.

De pronto advirtió, no sin estremecerse, que parte de la escoria gris, cenicienta incrustación del meteorito, se desprendía de la masa para caer en forma de copos en la arena. Un gran trozo se lanzó violentamente, haciendo al caer un ruido áspero que le oprimió el corazón.

Durante un instante no comprendió lo que esto significaba, y, aunque el calor era excesivo, bajó al agujero y se colocó junto al bloque para ver la Cosa más claramente. Todavía se imaginaba que el enfriamiento podría explicar aquellos desprendimientos, pero contradecía esta idea el hecho de que las cenizas no se desprendieran sino de un extremo del cilindro.

Advirtió entonces que la cima circular del cilindro giraba lentamente. Era un movimiento tan pausado que sólo lo notó porque una mancha negra que, cinco minutos antes tenía junto a los pies, se hallaba en el otro lado de la circunferencia. Ni aun entonces comprendió apenas lo que esto indicaba hasta que oyó un chillido sordo y vio avanzar bruscamente la mancha negra una pulgada o dos. Y la verdad se le reveló como un relámpago. ¡El cilindro era artificial –hueco– y la tapa estaba hecha a tornillo! ¡Algúen desde dentro la destornillaba!

–¡Cielo santo! –exclamó Ogilvy–. ¡Hay algún hombre, tal vez hombres encerrados, medio asados, que tratan de escapar!

Y, de un salto, relacionó el suceso con la explosión que había observado en el planeta Marte.

El pensamiento de las criaturas encerradas le inspiró tal espanto, que olvidando el calor, se acercó al cilindro para ayudar al destornillamiento. Afortunadamente la irradiación opaca lo detuvo antes de que pudiera quemarse las manos en el metal todavía incandescente. Permaneció indeciso un momento, volvió la espalda, trepó por el foso hasta encontrarse fuera y echó a correr a todo escape en dirección a Woking. Eran poco más o menos las seis de la mañana. Tropezó con un carretero y quiso hacerle comprender lo ocurrido; pero eran tan extraños el relato y el aspecto de Ogilvy, quien había dejado caer el sombrero en el hoyo, que el hombre continuó tranquilamente su camino. Tampoco logró convencer al mozo que abría las puertas de la posada de Puente Horsell. Pensó el dependiente que se las había con un loco escapado y quiso encerrarlo en el despacho de bebidas. Hízole esto calmarse algún tanto, y cuando vio a Henderson, el periodista londinense, en su jardín, lo llamó por detrás de la empalizada y consiguió al cabo hacerse comprender.

–¡Henderson! –gritó–. ¿Vio usted anoche el meteorito?

–¿Y qué? –preguntó Henderson.

–Ahora está en la llanada de Horsell.

–¡Caramba...! ¡Un meteorito caído! ¡Bonito asunto!

–Más que un meteorito. ¡Es un cilindro, y un cilindro artificial, amigo...! ¡Y que tiene algo dentro!

El periodista se enderezó, azada en mano.